

Raúl Carmona Argomedo (*)

El indio Manuel



MANUEL Apala es un hombre triste. En cuarenta años de durísimo bregar por vivir, no le ha quedado tiempo para reírse, ni siquiera para trazar una sonrisa.

El salado viento pampino le ha estucado el rostro con una mueca adusta, pintada con el mismo ocre sombrío de los cerros de su valle y tiene una piel árida como las arenas del interminable desierto, en la que sólo ha podido vegetar un ralo bigote y algunos extraviados pelos por barba.

En la melancolía de sus ojos, se ha metido toda la desolada tristura del yermo y, en las pupilas fórmanse, a veces, destellos breves, como si también tuviera adentro, el espejeo de cielo torcido con que el río hace misteriosas señales.

Plasmado en negro contra la estepa bruñida, encorvado, observa el rancherío disperso, trepado en la ladera, y ve el paso

(*) Raúl Carmona Argomedo, es uno de los nuevos escritores de Chile. Desde Copiapó, en donde vive, manifiesta su inquietud por el arte que cultiva con fervoroso entusiasmo. Su cuento nos muestra otro jirón de la vida chilena: Copiapó y sus tierras de contraste. Valles pródigos y cerros metalíferos. La leyenda alucinante se entremezcla con la existencia rural, saturada de poesía y ensueño:

N. de la D.

corto y presuroso de las indias envueltas en sus rebozos de colores encendidos, como arrean unas sus burros, otras sus llamas curiosos e indiscretos. Más lejos, en la verde red de cuadrángulos, reposan los maizales, algarrobos y chañares, mientras duerme el Loa una siesta azul.

Manuel piensa que ha pasado inviernos y más inviernos esquilando sus llamas y sus ovejas, tejiendo lana con sus manos gruesas de las que sólo ha obtenido tejidos burdos, ásperos, desteñidos.

No ha encontrado en toda la tribu una india como la que él desea.

Se yergue fatigado, dirigiéndose a su rancho de piedra y barro, sin advertir que el cielo afirmado en los cerros, alzó un rico empavezado de coloridas esperanzas.

* * *

Sobre la pampa, el viento hacía correr los días y las noches disolviéndoles de a poco en la lenta carrera del río.

Días iguales: blancos de sol y arenas; verdes de follaje, azules de cielo.

Uno de esos días, Manuel recogió los cadáveres de tres chanchitos. En el chiquero, las cerdas gruñían destempladamente sacudiendo sus largas cabezotas, trepándose unas sobre otras, apiñándose en los rincones y paseando inquietas la estúpida interrogación de sus ojos, sobre los comederos vacíos.

Ese invierno, los ratones habíanle declarado una guerra franca, sin arreglos. Todas las camadas últimas, habían caído entre los dientes de la plaga feroz, cada vez más astuta, más insolente. Tanto, que mientras él sacaba los muertos, más allá, en un chiquero vecino, ya chillaba una nueva víctima.

Pasaba todo el día en las porquerizas hasta saturarse con el vaho a veces acre, a veces ácido, siempre nauseabundo, del barro y excrementos podridos. El tiempo destinado a limpiar, ocu-

pábalo en vigilar los vivos, en aprovechar los muertos. Y estos eran más que los que podía utilizar. Cada día otros y otros. Sentía entonces, el deseo impetuoso de meterse también en esas cuevas malditas por las que salía su enemigo múltiple, hábil, escurridizo y matarlos a todos. En la propia guarida. Uno por uno. Matarlos a mordiscos, o reventarlos con sus propias manos.

Por eso, participaba mentalmente, con goce intenso, voluptuoso, del deleite de las puercas que, con ojos encendidos de gula, reventaban entre sus colmillos formidables, los gordos ratones que él, en un afán de desquite, les entregaba a su voracidad.

Y era un placer violento, enervante, el ver la disputa a dentellazos de las piltrafas sangrientas de las ratas.

* * *

Un día, tal como otro cualquiera, con la misma eterna fisonomía de los que se fueron, descendía cansina, cual una oruga negra extraviada en el cerro, una piara de burros y llamas.

Advertíase el cansancio de las bestias por las paradillas que de vez en vez, hacían las llamas atisbando curiosas desde su alto cuello, las características del pueblo desconocido, al que entraron despertando intensa curiosidad.

—Toma por el alto hast'el chañar grande; di'ay bajas p'el río. Mismamente ay'stá el rancho e Manuel...

La india globosa, de tez parda y ojos sumergidos en unas cejas enormes que dió la indicación, miraba con envidia la figura esbelta de la mestiza que la interrogara.

Y más envidió el lujoso arreo, las mantas de vicuña, las faldas y rebozo de tejido fino y rico color.

Mirando de soslayo, agregó todavía:

—Ay pues, te darán alojo...

La mestiza agradeció con un gesto, guiando su burro para alcanzar al viejo indio que trabajosamente arriaba el ganado.

—Tata, ay quien nos dará alojamiento—pronunció la viajera en el oído del indio.

En el caserío, se juntaron rápidamente indias y jóvenes para comentar el suceso.

—Es bonita...

—Bonitita y rica, pues...

—El viejo va enfermo. ¿Será el tata?...

Al fin, una india rechoncha, olvidada mucho tiempo de su edad, arrastrando sus gruesas faldas, entre dientes, apuntó insidiosa:

—Güen pastito p'el Manuel. Ver, pues, si aurita come...

Una algarazara de las indias celebró en grande la intencionada sentencia.

* * *

La huraña pobreza de los páramos, no había logrado borrar la contrastante hospitalidad de los hombres y, Manuel, por eso mismo, abrió su casa a los viajeros.

Al paso de los días, vióse obligado a redoblar su actividad ya que el viejo, agravadas sus dolencias, se moría irremisiblemente, pero con una desesperante lentitud que precisaba de engorrosas atenciones. Segaba pasto todo el día. Para los burros, las llamas, los cerdos y las aves. Los potreros se agotaban. Enflaquecían sus chanchos al no ser atendidos como de costumbre.

Los ratones ensoberbecidos por la tregua involuntaria que les había dado, lo destruían todo. Las crujientes algarrobas que llenaban su granero, resolvíanse en dulce polvo pegajoso y en leves cilindros negros de excrementos. Mataron todos los cerditos nuevos y hasta se atrevían con los grandes a quienes mordisqueaban mientras dormían.

Todo eso era ya insoportable. A veces, un rencor hondo crecía como humo malo en su pecho, envolviéndole la sangre y el cerebro en nieblas de odio para sus huéspedes. Hasta descaba

matarlos también; pues, en verdad, parecían ser aliados de esa plaga del infierno.

Pensando en ello, llegaba a concebir que debían morir lo mismo que los ratones: engullidos por los puercos. Sólo que, cuando su cerebro aprestábase a sentir la acostumbrada voluptuosidad de presenciar la cruenta destrucción, su fantasía atemorizada, retrocedía arrepentida, al vislumbrar la imagen de un espantable paralelo de ratones y personas aplastadas, sangrantes, destrozadas por los cerdos enfurecidos.

Este cuadro reflexivo, lo dejaba laxo, tembloroso, contrito. Sentíase culpable de un inconfesable delito de su imaginación. Sin embargo, convencíase que el indio y la hija habían agravado su tragedia y, entonces, crecía su odio sobrepasando los linderos de su cuerpo, extendiéndose por el yermo en oleadas amargas que se prendían a los soronales, a los tamarugos, a las pillallas.

Pasada la crisis, reaccionaba en sentido inverso, renegando de haber albergado pensamientos que estaba seguro no sintió de verdad, que nunca realizaría, que ni siquiera debió consentir se formaran en su afiebrada cabeza.

Trabajaba, después, con redoblado tesón, multiplicándose infatigablemente, procurando con ello excusarse ante su propia conciencia de sus extravíos. Hasta preocupábale la salud del padre de la mestiza, logrando abstraerse del todo y no sentir cansancio, ni odio, nada.

Pasaron así, cuatro semanas de luchar intenso, no obstante, la catástrofe se producía de a poco. Se derrumbaba su hacienda. Asesinábanle noche a noche sus chanchos adormilados de hambre que, luego, se pudrían en los mismos chiqueros. Ya no le quedaba tiempo para aprovechar nada. Y los asesinos no eran otros que los implacables ratones que, en plumizas marejadas, inundaban las pocilgas en cuanto la noche los amparaba con su negra complicidad.

Los vecinos le miraban con repugnancia, pues decíase que en

su casa había «virgüela» y nadie, por ningún precio, quería ayudarle.

Triste se tornaba su destino. La desgracia había llegado a su grado máximo. Estaba en el punto cenital.

Le acometían de nuevo exaltados furoros contra el indio viejo que se moría en su propia cama, contra la hija siempre tímida, silenciosa; contra los animales que le hacían trabajar tanto. Ellos, sólo ellos, eran los culpables.

Ella, nunca pedía nada. Lo decía todo con su mirar dulzón y extrañamente manso. Ante ese mirar, se replegaba su rabia, su odio momentáneo, para transformarse luego, al impulso de un como desconocido embrujo, en una bondad enigmática, inexplicable.

* * *

Con la misma insensible agonía del tiempo muriendo en la inmensidad de la pampa, vino la muerte del viejo.

Enterrado el cadáver, regresó el cortejo más pequeño que nunca hubo en el pueblo: él y ella.

Vagaba por el desierto un halo de tristeza ancha, misteriosa, y también, una infinita y leve cordialidad acogedora que confortaba.

Así, el sonido de algunas quenas que oíanse dispersas en el poblado, no era tan plañidero como antes y había entre las notas quejasas de los sones, algunas que retozaban alegres, tal como si fueran emitidas por otro ejecutante y que burláranse de las sombrías.

Ellas ponían en el aire, en las cosas, en él mismo, algo a medias alegre y triste que Manuel sentía adentrarse en su alma con una fresca amplitud de risa, y luego, con una suave pugna de lágrimas que antes nunca sintió.

Había como una cantarina rebelión en el sollozo de las quenas y el río más azul, cual desperezándose, se estiraba en un

fluir más rápido, rumuroso. Estaban más alegres los severos chañares, coqueteaban con el viento las ramillas bordadas de espinas de los algarrobos y en el cielo, tejía la brisa volantes encajes con las tenues humaredas de las chozas.

Marcela marchaba a su lado. Pausada, penosa la mirada puesta con la avidez de vida que da la muerte de otros, sobre el paisaje sobrio, trazado reciamente por encima del ámbito desnudo de la llanura blanqueada con el beso ardoroso del sol.

—Marcela, tenimo que comer solos. Nadien quiso acompañarnos. Es como si tuvieran mico—dijo Manuel.

—Eso, si nu'es odio— corrigió ella.

—Será triste. Nunca vide algo así. Siempre que se mueren los viejos en el pueblo, se alegran y se emborrachan. Y, pues, que se van al cielo, lo celebran. Hora, no l'es ha importao...

Manuel, terminó de hablar con desgano, ofendido, guardando luego, un obstinado silencio.

—Yo no pueo alegrarme. No. No pueo. Esos son unos brutos. El, mi tata, era too pa'mí. Stoy sola, stoy sola, sola...

Un sollozo deshizo la serenidad del rostro de la mestiza. Manuel la miró sin decir nada con los labios, pero sí, mucho con los ojos en los cuales asomaba una profunda compasión.

* * *

Roncaba la olla de greda en el fogón y las sombras se habían comprimido contra las paredes. Veíase la cara de la joven mestiza y el perfil rudo, pensativo, de Manuel.

Le contaba ella toda su historia. Manuel oyó hasta la muerte de la madre de Marcela, hija de un colono español. Después, sólo prestó atención al reflejo rojizo de las llamas en los hermosos dientes de ella y en los grandes ojos donde rutilaban inmensas lágrimas.

A ratos, de lejos, el viento traía jirones de la lucha de los co-

rrales. Pateaban los burros, revolviéndose las llamas, gruñían desesperados los cerdos. Había hambre por doquier.

Debía salir a ver sus animales. Hizo esfuerzos, pero no podía dejarla sola. Algo lo anclaba ahí, aferrándosele con fuerte contumacia.

Que se muriera todo. Así no tendría preocupaciones. Mejor, mucho mejor, era estarse mirando esa visión no conocida por él.

En verdad, era nada más que un conjunto de ojos, nariz, boca y pecho. Lo mismo que tenían todas las indias del valle, y otras, y todas. Pero también sentía que ésta no era lo mismo. Había algo diferente. Algo que lo ligaba a esos perfiles emocionándole hasta que todo él, no era sino ese anhelante deseo de ver el delineamiento, los matices, el movimiento de un rostro, de una carne que siendo ajena, sentía ya como una extensión de la suya propia.

Ahora recordó las miradas incitantes de las muchachas del pueblo, el convite de complicidad de las viejas.

Pero las otras no eran así. No tenían nada de común con ella. Eran chatas, negras, toscas, sombrías.

* * *

En el rancho, persiguiendo a los días, se desplomaban las noches siempre iguales, en la incierta infinitud del tiempo que huía.

Manuel y Marcela se casaron ante la hostilidad de los pobladores, quienes observaban algunos prejuicios de la tribu fundadora. No aceptaban extraños. Eran tradiciones inamovibles que no perdonaban transgresiones.

Solos, lo mismo que en el entierro, celebraron su matrimonio. Manuel trató de no darle importancia a la inasistencia de sus convidados y usó de toda su voluntad para reír y alegrarse por primera vez en su vida.

Todo lo que ahora le rodeaba era la felicidad misma, y la

vieja quena de sus padres, sonó de nuevo, tras tan largo silencio, para musicar su dicha y la de ella. Sonaba para ella, para Marcela.

* * *

Después, como siempre, el sol incendiaba con sus saetazos de fuego los blancos días del desierto, o bien, en las noches, el viento frotaba las estrellas dándoles lustre de espejos.

Día y noche, sin descanso, con la tenacidad que le inyectaba su gratitud, empeñábase Marcela en reconstruir lo deshecho. Sangraban sus manos. Rompíanse sus vestidos, pero no flaqueaba. Perseguía los ratones diezmándolos con la misma saña con que ellos habían muerto a los cerdos.

Los roedores, ante la implacable campaña, redoblaban su furia, su audacia, sus tretas, pero morían y morían cada vez más y más.

Finalmente, habían aprendido a distinguirla. Fué una lucha cruel, sin tregua, a muerte, en la que al fin, triunfó la decisión de Marcela. Hizo capitular las hordas que abandonaron las cuevas, volviendo la paz a los chiqueros y el silencio a los cuartos en los que ellos corrían y chillaban con insolente estrépito.

Con igual empeño, con igual cariño, secundando el afán de su hombre, prosiguió la tarea de renovar, darle vida, acrecentar la hacienda exhausta.

Una noche, estaban junto al fuego. Las sombras no parecían tan densas como antes y las llamas del fogón repartiendo fulgores, lamían cariñosamente las ollas suspendidas. Afuera, en la llanura, rueda dando tumbos, la polvareda que el viento deja caer cerros abajo. Luego, con bronca quejumbre, sacude los espesos algarrobales.

Marcela enrosca lana en sus ágiles dedos, pero un conocido ruido turba su tranquilidad. El rasquido sonoro de una viga que

roe un ratón, la inquieta tal como si la rasguñasen dentro de sí misma.

Cogió un palo y sigilosamente salió tratando de ubicar el ruido.

Un chillido agudo saltó de las sombras. Tras una gruesa piedra, chillaba el ratón, lanzándole a Marcela por sus vivaces ojillos, el acumulado rencor de todos los suyos, muertos por esa enemiga feroz.

No pudiendo sacarlo, Marcela se fué disgustada, quedándole, empero, presente la rencorosa mirada del roedor.

Le contó a Manuel la fallida caza y el indio se rió de lo que ella llamaba rencor u odio de ratones.

Fué así como había llegado a serle completamente insoponible el traqueteo de los ratones. Verdadera ansia de exterminio era la que tenía en contra de ellos. Por eso, le exasperaba el rasquido que uno producía. Y el ruido le llegaba con nitidez, delatando una procedencia diríase exacta.

Con las precauciones de siempre, salió armada de un palo y fué en busca de la rata. Esta, ejecutaba al parecer un extraño juego. Breves rasquidos en un lugar y luego, otro más adelante, constituían para Marcela una irresistible invitación a perseguirla. Los cortos chillidos, no podían ser otra cosa que insultos. La rata, escurriéndose, avanzando siempre, en cortas carreras a cola alzada, se aproximaba a los corrales. Marcela no se contuvo más. Colérica corrió tras la burlesca bestiecilla, entrando a los puentes de tablones tendidos sobre los chiqueros excavados bajo tierra.

Oyóse un grito desgarrado, horrendo. Después, nada.

Luego una agitación sorda en los chiqueros que pronto se hizo horrorosa. Espantables gruñidos, crujir de dientes, doloroso estertor, ronco masticar, furiosos dentellazos, estrellones enloquecidos.

El tablón del primer foso que hacía de chiquero, habitado

por varias puercas, había sido roído y Marcela cayó dentro aturdiéndose.

* * *

Manuel, sentado en una piedra, inmóvil, arriba donde el yermo era más desolado, donde el viento despeñábase en carrera tremebunda, oía el ruido apagado, como un lejano mugido clamoroso, tremulante, que salía de sus corrales donde dejaba morir de hambre sus animales.

El tampoco comía. Quería morirse de hambre o de cualquier otra cosa. ¿Para qué habrían de vivir ellos?

Cuando el cielo se ponía sangriento, ebrio de rojas tonalidades, creía ver en lo alto, la despiadada repetición del horrendo cuadro que su destino le preparara.

Vió a Marcela, su mestiza, a ella que le despertó a la vida con el mirar de sus dulces ojos, con las inefables caricias de todo su cálido cuerpo que atesoraba una exquisita alegría de amar, transformada en una revuelta mezcla de carnes y entrañas enlodadas y huesos a medias mondados.

Pensaba que eso era una maldición. Que merecía ese castigo. Y debía ser así, puesto que él, hubo momentos, cuando recién la conoció y todo se ponía en su contra, en los que de veras deseó echarla junto con su padre a los puercos.

Y el secreto deseo se había cumplido. Con inexorable exactitud. Con la precisión implacable de un designio omnisciente.

Vió, también, a los cerdos inflados, manchados con la sangre querida, roncando tendidos sobre los trozos de vestidos, aletargados con la saciedad de esa brutal pitanza.

Manuel, inmóvil siempre, sin apartar de su mente el terrible recuerdo, permanecía insensible a todo.

Así, el viento, el frío, el hambre y el dolor lo fueron momificando en lo alto del valle, siempre en la misma piedra, sobre la que indiferente, dejábase morir.

* * *

Hoy, pasado tres siglos, la momia del indio Manuel aún mira por el negro hueco de sus cuencas vacías, hacia su perdida choza del valle.

Reseca, encogida, flameando al viento pequeñas banderolas de andrajos de su poncho, tiene en su actitud los gestos de una pena inmensa, desgarradora, tal si dentro de su curtida envoltura, si entre la carne enjuta, acartonada, alentara el corazón.

El Loa, lo mismo que antes, estira su transparente indiferencia, tiñéndose de azul frente a la esterilidad de los arenales o de verde bajo el sombrero cobijamiento de los algarrobos.

Quillagua, julio de 1938.